

Héroe de guerra

Lydia Carreras de Sosa

En mi clase soy el único que tiene un héroe en la familia y es Lazslo Dunaharaszti, mi bisabuelo húngaro que peleó en la segunda guerra mundial. Yo me llamo Andra Dunaharaszti pero todos me dicen Duna. Mi abuelo Janos, gran contador de cuentos, invita a los catorce nietos a dormir a su casa los viernes a la noche y cocina para todos. Los llamamos Santos Viernes porque no se suspenden por nada del mundo. Después de comer, nos lleva a la galería y se sienta en un sillón de mimbre mientras nosotros nos acomodamos a su alrededor, los más chiquitos adelante. El abuelo tiene muchas clases de historias, algunas verdaderas y otras inventadas, algunas con final feliz y otras no porque él dice que así es la vida, que qué le vamos a hacer. Lo que tiene de bueno mi abuelo, además de las historias, es que contesta preguntas, por difíciles que sean. Y no hablo de preguntas de matemáticas, porque para eso están las maestras. Hablo de las que tienen que ver con novios, novias, dar besos y todo eso. El abuelo dice que tenemos que saberlo todo pero a su debido tiempo, y no siempre nos responde en la comida de los Santos Viernes porque están los primos y las primas más chiquitos y entonces, hay que esperar otro momento. Yo espero tranquilo porque no es como cuando mi papá me dice ya vamos a hablar de eso y me tiene esperando una semana y después, me viene con un libro que pa-

rece para gente grande pero escrito para tarados.

El abuelo nos recomienda no leer los libros de los padres sin pedir permiso porque hay libros que son para grandes y otros para chicos. Eso lo dijo porque hace un tiempo mi prima María contó que leyó un libro de su mamá que hablaba de un señor que tenía un solo testículo y algunos queríamos saber cómo podía ser eso y otros qué era un testículo.

Volviendo a las historias, a mí me encantan las de cuando él era chico y vivía en Hungría. Su papá era picapedrero —pero oficial picapedrero, nos aclara con el dedo índice levantado— y eran muy pobres, pero cuando empezó la guerra y llamaron al frente a todos los hombres mayores de dieciocho, mi bisabuela se quedó sola con todos los chicos y fueron más pobres todavía.

—Muchas veces no teníamos qué comer y yo, que era el mayor aunque sólo tenía doce años, salía a buscar algo por allí.

Un día, mi primo Mariano preguntó:

—¿Alguna vez robaste, abuelo?

—Recuerdo que en una ocasión le saqué tres manzanas de la canasta a un verdulero que era amigo de mi papá pero que no había ido a la guerra porque le faltaban tres dedos de la mano derecha. La cuestión es que lo entretuve preguntándole algunos precios y dándole charla y cuando se distrajo, metí las manzanas debajo de mi camisa. Después, lo

saludé y me fui caminando como si no hubiera pasado nada pero esperando el grito para salir corriendo. Cuando llegué a la esquina, me di vuelta y el señor me estaba mirando sin hacer un gesto. Me di cuenta de que no le importaban las manzanas; más bien parecía apenado por mi padre que tenía un hijo ladrón. Jamás lo volví a hacer. Muy de vez en cuando, conseguía un poquito de grasa y era una fiesta porque mi mamá preparaba unos bollitos que todavía me hacen agua la boca, tengo el olor metido acá —dice tocándose la nariz mientras sonrío.

Me parece que también se le hacen agua los ojos cuando se acuerda de los bollitos.

—Había un momento muy importante en el día —contó una vez— y era cuando pasaba el cartero. Era alrededor de las diez de la mañana. Recuerdo que corríamos a abrazarnos a mamá a esa hora y nos quedábamos cerca de la ventana, todos juntitos. Los más chicos se escondían debajo de su delantal aunque no sabían muy bien por qué. Era más bien un juego para ellos pero tenían claro que el cartero tenía que seguir de largo. Los más grandes —que entendíamos de qué se trataba— nos quedábamos un rato sin respirar hasta que el muchacho doblaba la esquina. Es que el pobre traía la bolsa llena de telegramas de condolencias.

—¿«Condolencias» quiere decir que duele? —preguntó un primo.



IGNASI BLANCH.

—Sí. Esos telegramas te los enviaba el gobierno para comunicarte que había muerto el familiar que estaba en el frente. A veces, los números de los frentes de las casas no estaban claros y el cartero no sabía si el telegrama era para tu casa o para la del vecino. Entonces se quedaba en el medio de la calle con el sobre en la mano, rascándose la cabeza. No sé si sabía que todos los ojos de la cuadra estaban sobre él en aquel momento. No sé. Pero les puedo decir que hasta los pájaros dejaban de cantar.

Un día invité a mi amigo Federico a escuchar las historias del abuelo. Se divirtió bastante y le encantó la comida pero no entendió las historias.

—¿En qué idioma habla tu abuelo, Duna?

—Ah, me olvidé de avisarte que mezcla algunas palabras en húngaro.

—No, mezcla algunas en español.

El abuelo nos fue haciendo una trampita con los dos idiomas, pero tan de a poco que nadie se dio cuenta y ahora nos relata las historias o nos canta canciones

en húngaro y todos le entendemos y cantamos con él sin problemas. Un verdadero maestro.

El gran secreto en mi familia es que al bisabuelo nunca lo encontraron. La fecha de su muerte fue una mentirita de la bisabuela que dijo que todo hombre merece tener eso por lo menos, así que calculó una fecha intermedia entre el telegrama y la última carta recibida, agarró un mapa, eligió un lugar en él y decidió que de ahí en adelante las cosas se contarían así.



IGNASI BLANCH.

—Era brava mi mamá —dijo el abuelo—. Anotó todos esos datos en la contratapa de La Biblia donde figuraban todos los hechos importantes de los Dunaharaszti desde hacía más de doscientos años y eso la dejó más tranquila.

Tío Lucas, que es psicólogo, dice que eso la debe haber ayudado a hacer el duelo.

Una pena que no quedaran recuerdos, ¿no? Me gustaría tener una medalla, una cinta, un sable, no sé, algo para mostrar en la escuela o para colgar en mi pieza. Lo único que tenemos es la última carta que le mandó a su señora —o sea, mi bisabuela— y que llegó dos meses después del telegrama famoso. El abuelo Janos nos la mostró pero no quiso que la tocáramos. Es un pedacito de papel tan finito que parece transparente, está como deshilachado en los bordes y tiene

algunas manchas de barro. O no sé de qué serán.

—Seguro que la escribió en una trinchera —dijo Florencia, que es una fantástica.

La carta es cortita pero el bisabuelo pregunta por todos los hijos y dice que pronto estará de vuelta y que la guerra no es tan mala como dicen.

Volviendo a la historia de mi familia, algunos años después, un tío de los chicos que no había ido a la guerra porque era muy rengo, trajo a toda la familia a vivir a la Argentina porque les habían dicho que aquí se comía bien todos los días. Fue un viaje muy, muy largo y nada que ver con las vacaciones. Las personas pobres viajaban como si fueran animales, en el fondo de un barco roñoso, haciendo caca donde podían y vomitando todo lo que comían. Algunos via-

jaban con sus colchones pero mi bisabuela ni eso tenía. Tan pobres eran que cuando salieron no cerraron la puerta de la casa y ninguno miró para atrás. Contó el abuelo que su mamá, antes de partir, juntó tierra en un trapito y cuando estaban en alta mar lo desató y echó todo al aire. La cosa es que aquí crecieron bien, fueron a la escuela y después consiguieron trabajo todos. Fueron felices aunque tardaron bastante en perderle el miedo al cartero.

Hace un par de semanas, mientras desayunábamos, mi papá leyó en voz alta una nota en el diario sobre un soldado de la segunda guerra que había pasado 53 años en un manicomio ruso. El pobre hombre se había quedado mudo por todas las cosas horribles que había vivido y su cerebro había borrado hasta la información más elemental. Un día, de pura casualidad, un médico joven, escuchándolo balbucear, descubrió que ese hombre era húngaro, no ruso, y comenzó los trámites para enviarlo de regreso a su país. Allá lo recibió el presidente y le dieron una medalla. Ahora están tratando de identificarlo para encontrar a los descendientes.

—Mirá que bien —dijo mamá con un tono neutro.

—Claro —contestó papá entusiasmado—. Ahí tenés un país civilizado. Acá lo hubieran abandonado a su suerte al pobre tipo. Allá, en cambio, es un héroe de guerra y recibe honores.

Mamá suspiró hondo.

—¿Sabés qué va a pasar cuando pare la música? Ese señor combatiente va a ir a parar a otro manicomio, húngaro esta vez. ¿Quién te parece a vos que se va a hacer cargo de un hombre de cien años que ha pasado los últimos cincuenta en un loquero y que ni su nombre sabe? Mejor lo hubieran dejado morir en paz a ese pobre santo.

Papá levantó el diario y dijo:

—No estoy de acuerdo. En absoluto. Fin de la conversación.

Ayer, cuando me levanté, encontré encima de la mesa, apoyado contra la frutera, un sobre con un escudo hermoso y estampillas raras.

Mamá levantó un dedo con cara de susto.

—No lo toques. Es de la Embajada de Hungría.